

III Domingo de Cuaresma (23-03-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos escuchado esas lecturas que nos orientan en el camino de la cuaresma. La cuaresma es un tiempo para convertirnos al Señor, yendo al fundamento. Él es la esperanza que no defrauda y, por lo tanto, cada año volvemos sobre lo más importante, que es Jesús.

Y Jesús, en consonancia con lo más recóndito y fundamental de la historia de Israel, coincide perfectamente con esta perspectiva, esta manera de pensar: Dios es amor, Dios nos acompaña siempre, Dios no nos inspira temor.

De hecho, en el texto del Éxodo (3,1-8a.13-15), hoy día, se dice claramente que Dios es el que *siempre está* con Israel. Esa expresión “yo soy el que soy” y “ese será mi nombre por siempre”, no significa que “está en el aire”, sino “yo soy el que **estoy**”. Lo que pasa es que no todos traducen de la manera más correcta, y ha costado mucho comprender que nuestro Dios no es el que simplemente existe siempre, como por encima de la realidad. En efecto, y ¿la realidad? Bien, gracias?. Dios existe **con** la realidad que El crea, acompañándonos, inspirándonos siempre y, por lo tanto, teniendo siempre misericordia, cariño, amistad, ánimo con nosotros, con los seres humanos, con la tierra, con la creación que Él ha realizado. Y, en la gran tradición, a final de año, vamos a festejar el Concilio de Nicea, que nos habla de que, justamente, Dios ha generado al Hijo y, por medio el

Hijo ha creado el mundo; de tal manera que el mundo, todo lo existente, está dentro de Dios, no fuera de Dios.

Si Dios nos hubiera creado fuera de Él, entonces, podría ser indiferente a la realidad, podría existir sin la realidad. Y Dios se la juega con la realidad que ha creado. Y, por eso, en el texto del Evangelio de hoy día (Lc 13,1-9) Jesús hace una especie de recriminación a una cosa que es una costumbre en las religiones, una costumbre muy seria, muy grave, y que, en cierto modo, es un insulto a Dios, es una blasfemia. Es eso de decir que, cuando una persona o personas determinadas sufren desgracias, es siempre por propia su culpa, y por no haber hecho lo que Dios les “mandaba”. Y, por eso, Dios los castiga. Se tratan dos casos, el de los galileos y el de la caída de la torre de Siloe sobre 18 personas inocentes. Ambas se interpretaron como “castigos divinos” y Jesús rechaza esos argumentos.

Este modo de entender la religión, a veces, lo tenemos en nuestra manera de hablar: “No hagas eso, Dios te va a castigar”, decimos. O, antiguamente, cuando en la Lima colonial se decía, cuando había un terremoto: “¡Aplaca tu ira, Señor!”. Si Dios es amor, como puede tener ira?. Felizmente, conforme vamos profundizando la fe durante la historia misma de la Iglesia, en la historia, en relación con la vida humana, no podemos aceptar que las injusticias sean atribuidas a un castigo de Dios.

Concretamente, Jesús sobre el primer caso que le presentan, “el de los galileos”. ¿Qué había pasado con ellos? Los Galileos son los del norte de Israel que se la tenían con Jerusalén. Y, al parecer, una vez, en el templo,

hicieron una protesta porque los sacerdotes estaban haciéndoles muchas cosas negativas; y Pilato mandó a su fuerza armada, los mataron a todos y, entonces, la gente pensó que Dios los había castigado por ser pecadores. Pero el Señor dice: “¿piensan ...que eran más pecadores que los demás galileos por padecer esto? Les digo que no, si ustedes siguen pensando así, entonces, ustedes mismos y todos perecerán, si no se convierten”.

Jesús está tratando hacer ver que, en este caso concreto, esta sangre de la gente, derramada por una masacre, había sido mezclada por Pilato con los sacrificios del templo como una injusticia.

No podemos llamarle a la injusticia “castigo de Dios”. La injusticia es un acto que sucede por mano humana y tendrá que dar cuenta de ello el responsable, pero no podemos decir que la gente que está sufriendo, sufre por su propia culpa y por castigo de Dios. Es como si, en estos días, después de las matanzas por extorsión que hemos tenido (casi 1800 hermanos nuestros) o cuando se cayó el techo oxidado de cierto centro comercial, dijéramos que fue por su culpa y por “castigo de Dios”. Todos sabemos que hay actores responsables.

Digo esto porque, a pesar de que, gracias a Dios, actualmente hemos ido corrigiendo y superando una cierta mentalidad culpabilizadora, siempre quedan elementos por ahí. Por ejemplo: “Ah, nosotros somos los puros”, “los que no vienen a misa son chusma, chusma, chusma...unos pecadores, seguramente. Dios los castigará y les pasará cualquier cosa”.

Eso que algunos todavía decimos, por costumbre, es lo mismo que pasaba en Israel. Los sacerdotes se creen la “divina pomada”, interpretaban equivocadamente la realidad conforme a sus intereses; su actitud era ser y creerse la élite privilegiada “santa” y “salada” y olvidar el sufrimiento terrible que tenía la gente sencilla, y la culpabilizaban.

Y eso que está pasando hoy en el país, de que existen matanzas, ha sido gritado en las calles, y denunciado por la multitud como una injusticia. De allí viene ese clamor general de nuestro pueblo que exige justicia, orden, responsabilidad de quien tiene la tarea de organizarnos a todos para impedir esa destrucción que estamos viviendo.

Y es verdad que no se ha dicho “castigo de Dios”, pero, a veces, se dice, “problema de las autoridades”, “problema de la persona que salió a la calle”, o como se decía alguna vez sobre las mujeres, que las violaban porque “se exhibían”.

Esas cosas son interpretaciones que vienen de intereses humanos que luego se trasladan a Dios para usarlo, y se denigra en nombre de Dios. Son prejuicios que hemos acumulado y que, gracias a Dios, ya no son vigentes .

En la teología, en la tradición de la iglesia, jamás se afirma eso, aunque hay algunos que tienen la costumbre - porque no se renuevan - de repetir siempre lo de antes. Es que tenemos, también, en nuestra Lima, desgraciadamente, a muchos “ancestralistas” que dicen: “hay que hacer como siempre fue”. Entonces, no se renuevan y los acontecimientos humanos del tiempo actual nos están interpelando y reclamando a todos una acción seria,

responsable, y una inspiración honda en el Señor que nos invita a hacer justicia. Cuando es problema de todos, por eso es importante que se haya organizado una protesta pacífica tan grande y solidaria.

Si Dios es el que **siempre está**, “*yo soy el que soy*”, “*yo soy el que siempre los acompaña*”, tenemos que encontrar la fórmula para poder decir cómo, eso que nos está diciendo el Señor, se traduce en nuestra experiencia. Y el Señor nos invita a revisar bien las causas, encontrar las verdaderas responsabilidades, sin culpabilizar a las víctimas, y, sobre todo, nos reclama que hagamos algo, que tomemos conciencia de las cosas y nos hagamos responsables. Y todos, entonces, somos pecadores, no hay puros e impuros, todos somos impuros, todos somos pecadores, aceptemos nuestros errores. Por lo tanto, todos ayudémonos a salir juntos del mal que estamos viviendo.

Este domingo es muy importante porque lo que significa la cuaresma es un tiempo para recapacitar y modificar los prejuicios y mentiras que, a veces, hemos creado por la costumbre. Y eso requiere, por nuestra parte, una atención muy grande con lo que decimos y con lo que hacemos.

Por esa misma razón, el Señor pone una parábola al final muy linda, la parábola de la paciencia. Un dueño de una viña había sembrado una higuera y no daba fruto. Y “erre que erre” para regarla, cuidarla... y nada. Entonces, el patrón le dice al encargado, el vinador: “¿sabes qué? De una vez ya, córtala porque no da fruto”. Y él le responde: “no señor, déjala, dale un añito más y veremos, yo cabare y

echare abono, a ver si da fruto y si no la cortamos". Probablemente, luego del añito, creció porque la cuidó.

Felizmente que el Señor, que en este caso es Dios, el Padre Dios, aceptó la sugerencia, el clamor, del viñador, y le dice: "sí, déjala nomás". Este gesto nos recuerda que Dios, no condena y, por lo tanto, debemos superar toda esa idea que hemos heredado de que Dios es impaciente, y que, quien no cumple los mandamientos o no hace la genuflexión antes de entrar a la misa o no se persigna en la puerta, entonces, se condena. Esas "huachaferías" que hemos creado nosotros tenemos que superarlas.

La fe cristiana no está hecha de "costumbrecitas". Es verdad que adquirimos y hacemos costumbres y, a veces, de ellas, hay cosas buenas, pero, también, hay cosas negativas que son prejuicios. Y la cuaresma es para eso: para ponernos ante el Señor, y en sintonía con El, escucharlo y profundizar para no repetir la historia de muchas cosas negativas que nos están matando. Sobre todo, hay una cosa muy tremenda que es, cuando una persona sufre algo, en vez de ser solidario con ella, la culpabilizamos más y la hacemos enloquecer.

Hermanos y hermanas, el Señor nos pide, más bien, que nos alentemos todos, entre "pecadores en conversión", y digamos: "siempre el Señor está con nosotros a pesar de todo". Eso lo dijeron muchas personas en una entrevista que hicimos durante la Pandemia, en donde íbamos a los callejones y a las casas a preguntarle a la gente: "Y, ¿por qué cree usted que sucede esto?". Y decían: "sucede porque se ha movido un virus o se ha propagado, no

sabemos. Debe haber alguna causa de repente química, física, no sé”. Pero nadie dijo “porque Dios la ha mandado”. Mas bien la gente decía, jamás hemos hecho algo tan grave que pudiera ser que Dios nos mandara este mal. Mas bien el Señor está aquí sufriendo con nosotros y alentándonos a salir juntos, y ayudándonos”.

Por lo tanto, hermanos y hermanas, encontremos las causas en la realidad misma para ver dónde están las soluciones posibles. Y atajemos esa causa y afrontémosla, pero no pongamos a Dios como el que mueve las cosas de esa mezquina manera. Dios es más grande, Dios tiene un corazón ancho, Dios nos ama, espera en nosotros. Que, con su amor, generemos frutos.

Miren ustedes todo lo que hemos hecho en oración estas semanas por el Papa que ha estado enfermito y, con nuestra oración, con nuestra solidaridad, también le ha dado el ánimo para no dejarse ganar por los microbios y vencerlos. Ya el Señor nos lo ha devuelto y pronto lo escucharemos en su voz clarita en unas semanas más.

Que Dios nos bendiga y que nos dé la capacidad de superar todos aquellos prejuicios que hemos heredado, pero que requieren revisión a la luz de la Palabra de Dios, que para eso está la Palabra, para que siempre nos renovamos por ella. Y bendiciones para todos en este domingo, en donde ya caminamos hacia Jesús nuestra Pascua, la Pascua que es esperanza para todos.

Amén.